

LA EVOLUCION DE LA LOGICA Y LA FILOSOFIA DEL LENGUAJE EN LA FILOSOFIA ESPAÑOLA DESPUES DE ORTEGA Y GASSET

Eduardo de BUSTOS*

0. Introducción

Lo que sigue no es estrictamente un trabajo historiográfico, sino una visión, en buena medida personal, de la difusión y evolución de la lógica y de la filosofía del lenguaje en el ámbito académico español. Por ello, pondré menos énfasis en las referencias a hechos (institucionales, bibliográficos, etc.) sin duda importantes para trazar esa evolución, que en la caracterización de ideas o tendencias investigadoras que, en mi opinión han contribuido a la conformación del actual panorama de investigación.

Aparte de constituir una calibración más teórica -más filosófica- de esa evolución, el énfasis en las ideas tiene la ventaja de permitir obviar las injusticias, los olvidos o las menciones sesgadas a personas que tan frecuentes son en los intentos de siquiera esbozar la historia inmediata (desde Ortega) de cualquier disciplina enseñada en una Academia tan celosa del reconocimiento de los méritos propios como poco proclive al de los ajenos.

1. Los difíciles inicios: desde Ortega a lo años sesenta

Para entender la génesis y el desarrollo de la lógica y la filosofía del lenguaje en España es preciso remontarse a la existencia de individuos e instituciones que, tras la guerra civil, constituían una excepción a las escuelas filosóficas dominantes en la Universidad. Tanto M. Garrido¹ como A. Deaño² indicaron en su momento los hitos principales de la evolución de la lógica en España en aquellos años, de los cuales merece la pena recordar quizás los siguientes:

a) La creación de la revista *Theoria*, en el año 1952, bajo el impulso de M. Sánchez Mazas. Esta revista sirvió, en el corto periodo de su primera existencia, (hasta 1955), para aglutinar a un grupo de estudiosos interesados en la filosofía de la ciencia y en la lógica formal. Como afirmó Deaño, *Theoria* "supone el comienzo de un nuevo periodo en la introducción en España de la lógica matemática, y de la filosofía de la ciencia en general, y en este sentido ha constituido un inevitable punto de referencia para todos aquellos que a partir de entonces se han ocupado en nuestro país de este tipo de temas"³. Es pertinente señalar, por las reflexiones que luego haremos, que buena parte del grupo congregado alrededor de *Theoria* no tenía una formación propia o exclusivamente filosófica o, mejor dicho, no eran filósofos profesionales. El propio M. Sánchez Mazas procedía del campo de las matemáticas, como también la figura que inspiraba el grupo, el matemático J. Rey Pastor. Pero también Pedro Laín o V. Sánchez de Zavala, por nombrar algunas

figuras relevantes entre los que colaboraron en Theoria, procedían de campos ajenos al propiamente filosófico. De tal modo que, ya desde sus inicios, por razones en realidad ajenas a las científicas, la lógica fue una disciplina practicada y difundida en los márgenes de la comunidad filosófica.

b) La publicación de manuales de lógica accesibles a las nuevas generaciones de estudiantes. Este es un hecho que no sólo indica la existencia de una disciplina relativamente asentada en la comunidad científica, sino que también constituye un elemento necesario en la divulgación y desarrollo de esa disciplina. Aunque en España, en la década de los treinta, se habían publicado los manuales de J. García Bacca⁴, eran prácticamente inencontrables o inutilizables en los años 60 70. Durante aquellos años, los que entonces comenzamos a estudiar en la Universidad tuvimos que nutrirnos fundamentalmente de los manuales de J. Ferrater Mora y H. Leblanc, del de M. Sacristán o, posteriormente, del de J. Mosterín⁵. Respecto a sus autores, es pertinente señalar que J. Ferrater Mora desempeñó una influencia decisiva no sólo en el ámbito de la lógica, sino también en el de la filosofía del lenguaje. No solo a través de su manual de lógica, o sus obras sobre L. Wittgenstein o el análisis filosófico, sino también y sobre todo, mal que le pesara, por su monumental **Diccionario de filosofía**, en el cual muchos estudiantes de aquella época no sólo aprendimos a apreciar la riqueza del panorama filosófico contemporánea, sino también, y quizás lo que es más importante, un talante (por emplear una categoría cara a J. L. Aranguren) de tolerancia y comprensión hacia las concepciones o posiciones filosóficas. A partir de los años setenta tuvimos ocasión de disfrutar de ese talante no sólo en sus libros, sino en sus periódicas visitas primaverales.

Por lo que respecta a M. Sacristán y J. Mosterín, ambos profesores de la Universidad de Barcelona, cabe recordar que ambos recibieron su formación lógica, aunque en diferentes etapas, en Münster, en Alemania, bajo el magisterio de H. Hermes. Del primero, es preciso recordar, además, no sólo el tremendo influjo ejercido en la filosofía española en general, sino también que, a través de sus traducciones de la obra de W.O. Quine, fue el divulgador de la obra de uno de los lógicos y filósofos más influyentes de nuestro siglo, alguien que encarna en su grado máximo las presuntas cualidades características de la forma de hacer filosofía analítica. Así, a diferencia de lo que, por ejemplo, sucedió en Brasil, en que la obra, y la persona, de W. O. Quine fueron conocidas con mucha antelación a España⁶, las traducciones de M. Sacristán a las principales obras de W. O. Quine se publicaron a partir de finales de los años sesenta y habría que esperar a la siguiente década para que los filósofos españoles pudieran conocerlo en persona.

2. La etapa de consolidación: los setenta

A comienzos de los años setenta, ya existían pues núcleos universitarios en los que se practicaba y enseñaba la lógica formal. A excepción casi de la Universidad Complutense de Madrid, la lógica que se enseñaba en las Facultades de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid y de las Universidades de Barcelona y de Valencia era la lógica formal moderna⁷. De la mano de la lógica, se había introducido también

en estas Universidades la disciplina de la filosofía del lenguaje. Primero en la de Barcelona, y luego en la Universidad Autónoma de Madrid, J. Hierro Sánchez Pescador, que había regresado de ampliar sus estudios filosóficos en la Universidad de Oxford, comenzó a explicar tal disciplina no sólo como un campo específico de investigación filosófica, sino también como una metodología de tratamiento de problemas filosóficos, esto es, bajo el enfoque de la filosofía del lenguaje común o, como vino en denominarse, como filosofía analítica.

A lo largo de esta etapa de desarrollo de nuestras disciplinas, es preciso señalar también los acontecimientos más importantes en su consolidación, tanto científica como institucional, que prologaban, voluntaria o involuntariamente, los esfuerzos de décadas anteriores:

a) A partir de marzo de 1971, comienza a publicarse en Valencia la revista **Teorema**, que había de constituir a lo largo de más de una década el principal vehículo de comunicación y encuentro de los estudiosos del área, no sólo publicando los primeros trabajos de los españoles dedicados a las disciplinas de lógica y filosofía de la ciencia y del lenguaje, sino también dando a conocer, mediante traducciones o números monográficos, la obra de importantes filósofos contemporáneos en esas disciplinas. En buena medida la revista **Teorema** se puede considerar fruto del esfuerzo personal de M. Garrido y de un grupo de estudiosos agrupados a su alrededor en la Universidad de Valencia, como R. Beneyto, A. García Suárez y J. Sanmartín. Este grupo, que se había comenzado a consolidar a partir de la ocupación de la Cátedra de Lógica de la Universidad de Valencia por M. Garrido, desempeñó un papel fundamental a lo largo de esta década, no sólo por la edición de **Teorema**, sino también por la organización de numerosos coloquios y cursos en los que los filósofos españoles (y los aspirantes a serlo) pudieron conocer a relevantes figuras del panorama lógico y analítico, europeo y americano.

b) La publicación de dos manuales de lógica que, desde entonces, se han convertido en las habituales obras de iniciación a los estudios lógicos: el de Deaño, **Introducción a la lógica formal** (Madrid: Alianza, 1974) y el de M. Garrido (Madrid: Tecnos, 1974). El manual de A. Deaño ha conservado el carácter, no por elemental menos atractivo, de "introducción a introducciones a la lógica"⁸, cumpliendo la impagable función de atraer a los estudios lógicos a incontables promociones de estudiantes reacios a los símbolos (¿simbolóforos?). El de Garrido ha conservado, a través de sus numerosas ediciones y ampliaciones, el estatus de exposición canónica de la lógica elemental y de primer orden. Buena parte de los manuales posteriores de autores españoles o bien complementan o bien profundizan, o bien repiten la exposición de las cuestiones que se tratan en estos dos manuales de los setenta⁹.

Creo que se puede afirmar, sin ser particularmente injusto, que, hasta los años setenta, los esfuerzos de los estudiosos españoles estuvieron más dirigidos a la introducción y divulgación de los estudios lógicos que a la propia investigación teórica¹⁰. Esta apreciación quizás se puede extender a los primeros años de la década

de los setenta, con la salvedad de que los diferentes núcleos de enseñanza y difusión de la lógica ya comenzaron a manifestar sus orientaciones disciplinares e investigadoras, en parte derivadas de sus respectivas formaciones, complementadas en muchos casos en el extranjero, en parte debidas al influjo de maestros de la generación anterior.

La nota común, no obstante, a los Departamentos o secciones en que se impartían las disciplinas correspondientes era la de cubrir todo el espectro de las disciplinas ligadas a la lógica, procurándose por tanto profesores especialistas en filosofía del lenguaje, de la ciencia e historia de la ciencia. Así, se vió entorpecida la constitución de auténticos grupos de investigación en torno a las disciplinas, corrientes o problemas concretos, con la consiguiente dispersión de los recursos humanos y materiales. En el área de los estudios lógicos y analíticos en general se reprodujo pues una situación que se ha vuelto endémica en la Universidad española: la orientación docente de la actividad académica, antes que investigadora, ha provocado tanto el entorpecimiento de ésta como la superficialidad de aquélla. Se pone el énfasis en la amplitud y completud de los currícula, en detrimento de la profundidad en la impartición de disciplinas o de líneas concretas de investigación¹¹. Los recursos humanos están al servicio de la impartición de los planes de estudio y no a la inversa, con lo que el nivel universitario de enseñanza queda devaluado y la investigación dificultada por la carencia del estímulo y el refuerzo que proporciona el grupo y la comunicación continua.

A finales de los setenta, existían fundamentalmente tres núcleos de enseñanza y difusión de la lógica y la filosofía del lenguaje, en las Universidades de Valencia, Barcelona y Autónoma de Madrid.

En la Universidad de Valencia, el grupo liderado por el profesor Garrido no sólo se caracterizaba por su capacidad dinámica y organizativa, sino también por el equilibrio en el desarrollo de las diferentes disciplinas. Se puede afirmar que tanto la filosofía del lenguaje, de la mano de A. García Suárez y M. Valdés, como la lógica, con R. Beneyto, y la filosofía de la ciencia, con J. Sanmartín, eran igualmente practicadas, sin que hubiera predominio de una sobre otras. En el caso de la filosofía del lenguaje, la orientación era predominantemente wittgensteiniana, del segundo Wittgenstein, sobre el que A. García Suárez había publicado un ensayo¹². Asimismo, se enseñaba y difundía la filosofía del lenguaje común, a través fundamentalmente de la obra de J.L. Austin, y la teoría de los actos de habla, de J. Searle. Esta orientación, más pragmática y menos formalista, habría de caracterizar también los grupos formados por estos profesores en la década siguiente.

En el caso de lógica, la orientación era estrictamente técnica, con especial énfasis en los aspectos algebraicos y computatorios de la disciplina. Bajo este enfoque, se inauguró una línea de investigación que, luego, a través de las publicaciones de M. Garrido y R. Beneyto, iba a ganar a buen grupo de jóvenes investigadores.

En la Universidad de Barcelona predominó una orientación esencialmente formalista, especialmente en los campos de la lógica y la filosofía de la ciencia. El grupo dedicado a las disciplinas del área estaba compuesto fundamentalmente por

discípulos de J. Mosterín, educados en la estricta observancia del rigor y claridad. En el campo de la filosofía del lenguaje, los investigadores principales eran D. Quesada, quien había dado a conocer la obra de R. Montague y publicado un pionero estudio sobre los problemas metodológicos de la lingüística chomskiana¹³, y J. J. Acero, profundo conocedor de la filosofía analítica y divulgador de la obra de J. Hintikka¹⁴, con quien había ampliado sus estudios en Helsinki. Las preocupaciones investigadoras de este área giraban entonces a las polémicas que enfrentaban a N. Chomsky con los filósofos del lenguaje y a las aplicaciones de los juegos semánticos de J. Hintikka en el análisis del lenguaje natural.

En el terreno de la lógica, los alumnos más destacados eran, y son, M. Manzano e I. Jané, que ampliaron sus estudios en los EEUU y, a su vuelta, contribuyeron a formar a las nuevas generaciones de estudiantes. En el ámbito de la filosofía de la ciencia, la figura más relevante sin duda es la de U. Moulines, que ha influido decisivamente en la creación de núcleos de investigación en filosofía estructuralista de la ciencia, tanto en Barcelona, como en la Universidad de Santiago de Compostela o en la del País Vasco.

En la Universidad Autónoma de Madrid, el ambiente intelectual y, en particular, las relaciones de la lógica y la filosofía del lenguaje con el resto de las disciplinas filosóficas o no filosóficas que allí se practicaban, eran ligeramente diferentes. Allí, Javier Muguerza y Carlos París habían tenido la oportunidad, con la creación de la Universidad en el año 68, de reunir a un grupo de profesores jóvenes que representaban a corrientes filosóficas que, en aquel momento, tenían una significación renovadora en el panorama filosófico español. Las relaciones de los que enseñaban lógica, filosofía del lenguaje, filosofía de la ciencia e incluso filosofía moral con sus colegas eran mucho más intensas y, a menudo, conflictivas. No es momento de recordar las encendidas discusiones en torno al presunto carácter antiprogresista de la filosofía analítica y la naturaleza progresista de casi todas las demás escuelas filosóficas, pero no se puede sino lamentar todo el tiempo malogrado en aquellas estériles polémicas y apreciar a los que, como A. Deaño, supieron mantener una actitud de sano escepticismo ante ellas. Con la escasa perspectiva del tiempo transcurrido, es justificado afirmar que los puntos germinales del desarrollo filosófico estaban en otros ámbitos. De entre ellos, quisiera destacar uno, por su trascendencia posterior, el de las relaciones entre la lógica y la psicología. A. Deaño fue, en España, un investigador que pronto captó las conexiones e implicaciones (filosóficas) entre ambas ciencias. En su memoria de oposiciones a cátedra concebía del siguiente modo esas relaciones: "si es evidente que la lógica puede prestar un notable servicio a la psicología -y señaladamente a capítulos de ésta como la psicología cognitiva o cognoscitiva- proporcionando modelos abstractos de las operaciones reales de pensamiento, no es menos cierto, a nuestro juicio, que la investigación en psicología cognoscitiva puede aportar datos decisivos en torno a la naturaleza de la lógica, al estatus de sus conceptos y principios, etc."¹⁵. La forma de concebir estas relaciones indicaba, por una parte, un cierto contexto concreto en el debate de un problema filosófico que por aquel entonces obsesionaba a A. Deaño, el protagonismo de la lógica en la encarnación de la racionalidad y, por otra, una manera general de valorar la relación entre la filosofía y los conocimientos

científicos. Respecto al primero, al contexto concreto del debate de las relaciones entre lógica y psicología, merece la pena señalar que, en aquel momento, tenía los siguientes componentes:

1) el rechazo fregeano del psicologismo en lógica y, en particular, del psicologismo husserliano. A. Deaño consideraba *definitiva* la crítica fregeana al psicologismo en lógica, aunque admitiera, como se desprende de sus textos, una posible interrelación fecunda

2) el marco teórico piagetiano, germen, entre otros, del campo de lo que hoy se conoce como ciencias cognitivas, en que el concepto central, la noción de *operación formal*, exigía una elucidación de su relación con las operaciones formales lógicas o matemáticas efectivas. Esto es, ya en la psicología piagetiana, la necesidad de representación de las operaciones del entendimiento ejercía una tímida presión sobre los límites de la lógica clásica y de su capacidad expresiva. La preocupación de A. Deaño por las *lógicas alternativas* -a las que dedicaba un ejercicio de su malhadada oposición a cátedra- ponía de manifiesto no sólo un laudable ejercicio filosófico, metateórico, sino sobre todo un desasosiego ante los desajustes entre la teoría lógica estándar, concebida en cuanto núcleo formal de una teoría de la racionalidad humana, y la realidad efectiva de la constitución de los procesos cognitivos en el niño o su funcionamiento en el adulto.

Respecto al segundo aspecto, la valoración de las relaciones entre la ciencia y la filosofía, la actitud de Deaño era, como en otras cuestiones, equilibrada y matizada. La menciono, en todo caso, porque, como en otras cuestiones, parece haberse ido imponiendo, afortunadamente. Equidistante de los que, por una parte, asignaban a la filosofía el estatus de saber supremo, regidor y guardián de las diferentes variedades de conocimiento científico, moral, estético o religioso, y de las que le imputaban la vacuidad de la jerga especulativa. Por decirlo brevemente, y con los términos de la época, la polémica entre los *metafísicos* (entre los que se alojaba a las diferentes variedades de neohegelianos, marxistas, nietzscheanos o fenomenólogos que poblaban la Universidad) y los *positivistas* o *analíticos* -la época no se prestaba a las finas distinciones teóricas-. Esa polémica era zanjada por Deaño con una posición tan contraria al *humanismo ignorante* como al *cientifismo ingenieril*, esto es, reconociendo un ámbito genuino de reflexión filosófica -es decir, generador de una cierta variedad de conocimiento diferente del científico-, pero que necesariamente se sustenta, en su dimensión epistemológica, de los resultados concretos de las ciencias positivas y del examen de la propia naturaleza de la ciencia, en cuanto empresa colectiva, cultural e histórica.

3. Institucionalización y expansión: la década de los ochenta

Desde el punto de vista de la institucionalización de los estudios lógicos en la década de los ochenta, cabe mencionar los siguientes hechos:

1) en un primer momento, y al hilo de la progresiva creación de Universidades y Facultades de Filosofía y de una cierta movilidad del profesorado, una manifiesta difusión de las disciplinas lógicas a partir sobre todo de los núcleos germinales de investigación. Así, se van formando grupos de investigadores en las Universidades Complutense de Madrid (J. Hierro Sánchez Pescador y, posteriormente, M.

Garrido), de Granada (J. J. Acero), en la de Santiago de Compostela (R. Beneyto), de Málaga (P. Martínez Freire) y en la de Salamanca (M. A. Quintanilla), de La Laguna (J. Chamorro). Mención aparte merece la Universidad del País Vasco, porque la oportunidad que tuvo de incorporar a prestigiosos especialistas, como M. Sánchez Mazas (lógica), V. Sánchez de Zavala (filosofía del lenguaje) o J. Echeverría (filosofía de la ciencia) la convirtió en un importante centro de investigación, llevándola a ocupar una posición predominante en el panorama español de las disciplinas lógicas.

2) A este primer momento de generalización de la enseñanza de las disciplinas lógicas siguió, a mediados de la década, un proceso de institucionalización, centrado, por una parte, en la incorporación a las plantillas universitarias de numerosos profesores interinos o contratados, y, por otra, en el reconocimiento del área de las investigaciones lógicas como un campo específico. Lo primero produjo una estabilización de los grupos de enseñanza e investigación y lo segundo su efectiva y general presencia en las unidades básicas de la organización universitaria, los Departamentos. Ello, a su vez, ha favorecido la relación con otros campos del saber, tradicionalmente recelosos de lo puramente filosófico, contribuyendo a diluir o a hacer más fluida la frontera entre las dos culturas.

Desde el punto de vista del desarrollo de la investigación, me interesa subrayar una consecuencia beneficiosa del proceso que se acaba de esbozar y lo que yo considero un efecto perverso de él. En cuanto a la primera, es preciso reconocer que las investigaciones lógicas y filosófico-lingüísticas en nuestro país se han incorporado rápidamente a las principales corrientes vigentes en el mundo anglosajón. Ello es particularmente cierto en un grupo de disciplinas y problemas relacionados con las ciencias cognitivas, desde la filosofía de la mente hasta los fundamentos lógicos de la inteligencia artificial. Por tanto, con respecto a la década de los setenta, el contexto de ese ámbito concreto, al que nos referíamos anteriormente, ha cambiado, seguramente en una dirección que al propio A. Deaño no le habría disgustado. La generalización de las relaciones entre la lógica y la psicología ha disuelto las dos características del marco en que Deaño situaba sus reflexiones sobre la naturaleza de la lógica: 1) en la actualidad, se tiende a mirar desde una perspectiva mucho más crítica el rechazo fregeano del psicologismo. Y ello no tanto porque la fenomenología husserliana se haya revalorizado en cuanto teoría de la lógica, sino por el empuje del neo-racionalismo. 2) La influencia de la obra de N. Chomsky en el campo de la lingüística y de la filosofía de la mente afín a ella (como en el caso de J. Fodor) ha marginado o reducido al estatus de preclaro precedente la obra de J. Piaget. Las operaciones mentales piagetianas se conciben hoy día bien como mecanismos computatorios de **representaciones** mentales, o bien como **gestión** (constitución, modificación, control...) de **modelos** mentales. En el primer caso, el de la psicología fodoriana o, en general, **simbólica**, la relación entre las estructuras lógicas y la forma del pensamiento es concebida de una forma mucho más estrecha que en el caso de J. Piaget. Como es bien conocido, para J. Fodor el pensamiento está articulado en un **lenguaje** y las operaciones cognitivas quedan expresadas en la manipulación computatoria sobre características

formales, lógico-sintácticas, de esas representaciones generadas por el lenguaje del pensamiento.

Por otro lado, no sólo cabe mencionar el neo-racionalismo chomskiano como suministrador del marco teórico de las relaciones entre la lógica y las ciencias cognitivas. En cuanto disciplina filosófica autónoma, la filosofía de la mente se ha constituido a la sombra de la filosofía del lenguaje, a partir sobre todo de los análisis del segundo Wittgenstein. Aunque tardíamente, esa línea de fuerza del desarrollo de la filosofía de la mente o de las ciencias cognitivas también se ha hecho presente en España, donde se puede encontrar especialistas en las obras de D Davidson o de H. Putnam, o investigadores relacionados con los principales centros de investigación en este ámbito en el extranjero, como los Centros de Estudios Cognitivos en Gran Bretaña (Sussex, Edimburgo...) o en Estados Unidos (M.I.T., Stanford...).

Todas esas líneas de influencia, más otras no mencionadas, como el incipiente impacto de la inteligencia artificial, quedan recogidas en los Congresos de Ciencias Cognitivas que, desde hace algunos años, se celebran en la Universidad del País Vasco o también en la cita anual del Congreso sobre Lenguajes Naturales y Artificiales, organizados por la Universidad de Barcelona.

En cuanto a lo que he denominado efecto perverso, creo que se puede caracterizar, en general, como una pérdida de sentido filosófico en la práctica de la lógica y la filosofía del lenguaje, una falta de conciencia de que existen formas peculiarmente filosóficas de investigar en estas disciplinas. Sin necesidad de caer en el escolasticismo o en el delirio especulativo, las prácticas filosóficas de la lógica o la filosofía del lenguaje tampoco se han de confundir con el ejercicio de la matemática o de la lingüística. La devoción por la ciencia, y por la reflexión sobre ella, que en nuestro país se podría explicar, al menos en las décadas de los sesenta y setenta, como una reacción, por una parte, contra el discurso académico oficialista (neo-tomista, suarista, incluso vagamente fenomenologista) y, por otra, contra el discurso de la resistencia intelectual a la dictadura (fundamentalmente marxista, pero también estructuralista o nihilista), ha podido convertirse en un obstáculo para reflexionar críticamente, esto es, filosóficamente, sobre ella, sobre su alcance y limitaciones en la constitución de la racionalidad teórica y práctica. Cuando en virtud de esa devoción, se asimilan los valores propios del *ethos* científico (la claridad, el rigor, la intersubjetividad, la transparencia comunicativa, el espíritu crítico, no dogmático), no es difícil que esa asimilación conduzca a una confusión de las **prácticas**, especialmente en las disciplinas que, como las lógicas, lindan con la ciencia. En este sentido, hay que reconocer que la ambición de A. Deaño de que su manual indujera a la reflexión filosófica sobre la lógica¹⁶ no se ha cumplido. No tanto en lo que se refiere a la necesaria unión entre la enseñanza de la lógica y de su historia, puesto que existen reconocidos especialistas en ésta, como en lo que se refiere a la práctica filosófica de la lógica y la filosofía del lenguaje.

Como diagnóstico general, se puede afirmar que, en la actualidad, predominan, tanto en lógica como en filosofía del lenguaje, las investigaciones **técnicas** sobre las **conceptuales**.

4. Conclusión

Como grupo más o menos articulado de practicantes de la lógica y la filosofía del lenguaje y de la ciencia y, sobre todo, como comunidad filosófica con un cierto carácter, existe un cierto número de retos pendientes ante nosotros: 1) en primer lugar, destacaré la ausencia de una auténtica difusión y penetración de los estudios lógicos en los niveles preuniversitarios de enseñanza. Sin duda, parte de la explicación de este hecho se debe a la tardía constitución de grupos de investigación en la propia Universidad, y a la consiguiente ausencia de formación de los profesores de enseñanzas no universitarias en las disciplinas lógicas. No obstante, la situación ha cambiado parcialmente en las nuevas generaciones de profesores de enseñanzas medias, en las que es posible encontrar profesores jóvenes que han sido adiestrados en el conocimiento y la enseñanza de lógica simbólica, y no meramente en la tipología del silogismo aristotélico. Con todo, la enseñanza de lógica representa una parte ínfima del currículo de la enseñanza preuniversitaria, de tal modo que, por absurdo que parezca, los alumnos de esos niveles tienen más probabilidades de saber lo que son los "juicios apodícticos de la razón práctica" que de aprender a reconocer una falacia argumentativa. Por ello, al contrario de lo que sucede en el nivel universitario, quizás fuera conveniente segregarse la lógica, o en general la teoría de la argumentación, de los estudios histórico-filosóficos. Y ello en virtud de dos razones: a) el carácter fundamental de la teoría de la argumentación como instrucción de hábitos de referencia y razonamiento, en un nivel formativo similar al de la lengua o las matemáticas; b) el hecho de que la deficiente formación de algunos profesores de las enseñanzas medias lleva a ignorar este aspecto del currículo, primando en su enseñanza la epistemología, la psicología o la sociología.

Ahora bien, como en el caso de lengua, cuya enseñanza se imparte en muchas ocasiones, en ese nivel, de una forma absurdamente teórica, convendría garantizar que esa deseable formación lógica y argumentativa tenga un nivel eminentemente práctico. Esto es, que no insista tanto en el simple dominio de técnicas concretas de deducción (el aprendizaje de un cálculo), ejercicio vacío tanto en este nivel como en el universitario, sino en una conexión efectiva con los procesos reales de razonamiento y justificación de creencias. En definitiva, no se trata de ninguna propuesta novedosa, sino más bien *retrógrada*: en cierto modo, la vuelta a un *trivium* medieval a la altura de nuestros tiempos.

2) Otra cuestión pendiente de las disciplinas lógicas en España es la de su relación con otras escuelas filosóficas, en términos de diálogo intelectual. Una de las características más llamativas de la filosofía en el mundo anglosajón en la última década ha sido su permeabilidad a la filosofía "continental", antaño anatémizada como confusa metafísica adobada en jerga impenetrable. Basta una breve ojeada a las más importantes librerías de Oxbridge, por ejemplo, para advertir el impacto de M. Foucault, J. Derrida o J. Habermas, por no hablar del desconstruccionismo, en el mundo académico de la metrópoli. Además, en general, se observa una tendencia en las figuras más sobresalientes de la cultura anglosajona, a tratar de establecer diálogo teórico (puentes, diría

Ferrater Mora) con las obras o movimientos más perdurables de la filosofía continental.

Esta es una situación cuyos ecos no acaban de reverberar en el mundo académico español. No es mi opinión que ese mundo sea particularmente sectario (no más que otros de su entorno, como se suele decir), pero posiblemente existe un par de factores que contribuyen a esa situación, sin duda superable:

a) en primer lugar, una considerable falta de tradición crítica, entendiéndolo por tal la sana y pública confrontación de ideas, y no el personal ajuste de cuentas con que se suele confundir. Seguramente, esa falta de tradición crítica es una ausencia secular, efecto de una fallida o siempre aplazada incorporación a la modernidad. En España, los foros de pensamiento, en forma de seminarios, coloquios, congresos o publicaciones, etc. suelen ser interdisciplinarios, en ocasiones escolásticos.

No obstante existen signos esperanzadores de superación de esa situación: sólo mencionaré el hecho de que, si en anteriores décadas las publicaciones de lógica y filosofía del lenguaje se veían confinadas a una o dos revistas especializadas (*Theoria* o *Teorema*), hoy es habitual encontrar ese tipo de trabajos en las revistas universitarias de carácter general, como en *Isegoría* (C.S.I.C.-UNED), *La Balsa de la Medusa* (U. Autónoma de Madrid), *Daimon* (U. de Murcia), *Contextos* (U. de León), *Revista de filosofía* (U. Complutense de Madrid), *Agora* (U. de Santiago), *Philosophia malacitana* (U. de Málaga) y muchas otras. Incluso en revistas de carácter no estrictamente filosófico, como *Arbor* (C.S.I.C.), la *Revista de Occidente* (Fundación Ortega), *Anthropos* (Barcelona) se publican contribuciones generales o divulgativas de esta clase.

Esto no es sólo la prueba de la instalación de la lógica y la filosofía del lenguaje en la estructura académica¹⁷, sino que también quizás sea la muestra de que las diferentes tradiciones o escuelas filosóficas han dejado de concebirse como rivales, en un sentido no teórico, en cuanto banderías, como en buena medida sucedió en la década de los setenta, e incluso de los ochenta.

3) Otra dimensión poco profundizada es la de la relación con otras disciplinas filosóficas y otros campos del saber. Curiosamente y quizás por el carácter fronterizo de las disciplinas lógicas, las conexiones más desarrolladas son las que atañen a disciplinas científicas o cuasi-científicas, como en el caso de las ciencias cognitivas, pero existe un vacío importante en lo que se refiere a la relación con las humanidades, las ciencias sociales y políticas. La filosofía del lenguaje como filosofía primera.

4) Finalmente, quisiera subrayar la necesidad de un efectivo contacto e intercambio intelectual con el mundo hispano-luso, otra de las carencias históricas de nuestro desarrollo filosófico y científico.

No obstante, es preciso indicar los pasos incipientes que en este sentido se han dado por parte del Instituto de Filosofía del CSIC, especialmente con los países tradicionalmente más relacionados con España, como México o Argentina, y que cuentan con instituciones similares como el Instituto de Investigaciones Filosóficas (México) o la SADAF (Argentina). Pero esta incipiente, concretada

ya en importantes proyectos, como la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, y en diferentes convenios y publicaciones conjuntas (especialmente en el campo de la filosofía moral y política), ha de institucionalizarse y ampliarse. Por lo que a los estudios lógicos se refiere (lógica, filosofía del lenguaje y de la ciencia) se echa de menos, por un lado, una mayor voluntad de intercambio científico con la América hispano-lusa, quizás a causa de un excesivo anglocentrismo en muchos de nuestros núcleos de investigación y, por otro, la ausencia de una asociación que vertebre efectivamente la actividad investigadora en nuestro país, como sus relaciones con el exterior. Quizás la próxima refundación de la sección española de la Asociación Internacional de Lógica y filosofía de la ciencia pueda ayudar a este propósito.

*Dpto. de Lógica y Filosofía de la Ciencia,
UNED, Madrid

NOTAS

1. M. Garrido, "La lógica matemática en España (1960-1970)", *Teorema*, 6, 1972, págs. 119-132.
2. A. Deaño, "El desarrollo de la lógica en España durante los últimos años", no fechado, recogido en A. Deaño, *El resto no es silencio*, Madrid: Taurus, 1983.
3. A. Deaño, op. cit. pág. 321.
4. J. García Bacca, *Introducción a la lógica matemática*, Barcelona, 1934 e *Introducción a la lógica moderna*, Barcelona, 1935.
5. J. Ferrater Mora y H. Leblanc, *Lógica matemática*, México: F.C.E. 1955; M. Sacristán, *Introducción a la lógica y al análisis formal*, Barcelona: Ariel, 1964; J. Mosterín, *Lógica de primer orden*, Barcelona: Ariel, 1970.
6. W. O. Quine fue invitado a Brasil a comienzos de los años cuarenta y publicó en portugués, en 1944, su libro *O sentido da nova logica*, Sao Paulo. Cfr. J. E. Gracia, "Introduction", en J. E. Gracia, E. Villanueva y M. Dascal, eds., *Philosophical analysis in Latin America*, Dordrecht: Reidel, 1984.
7. Por ello, aunque comprensible, resultaba entusiastamente hiperbólica la sugerencia de M. Garrido de que "el cultivo de la lógica matemática sea uno de los rasgos que distinguen, desde los tiempos de R. Llull, al pensamiento mediterráneo del pensamiento castellano" (la afirmación está levemente retocada para que diga lo que el profesor Garrido pretendía), M. Garrido, op. cit., pág. 129.
8. A. Deaño, "Autobiografía intelectual" (1977), recogido en A. Deaño, op. cit., 1983, pág. 28.
9. Así, M. A. Quintanilla, *Fundamentos de lógica y teoría de la ciencia*, Salamanca, ed. Universidad de Salamanca, 1981, P. Martínez Freire, *Introducción a la lógica matemática*, Málaga: Librería Agora, 1985, D. Quesada, *La lógica y su filosofía*, Barcelona: Barcanova, 1985; para la relación de la lógica con el análisis formal del lenguaje natural, fue pionera en España la obra de S. Serrano, *Lógica, lingüística y matemáticas*, Barcelona: Anagrama, 1977.
10. La excepción más obvia que se me ocurre es la de M. Sánchez Mazas que, exiliado en Suiza, siguió desarrollando sus investigaciones teóricas en el campo de la lógica deóntica: M. Sánchez Mazas, *Cálculo de las normas*, Barcelona: Ariel, 1973.

- 11 Hay que reconocer que, aunque la Ley de Reforma Universitaria ha tratado de paliar esta situación, lo que conocemos de los nuevos diseños curriculares, tanto en filosofía como en otras disciplinas, reproduce punto por punto los defectos seculares de la organización de los estudios universitarios.
- 12 A. García Suárez, *La lógica de la experiencia. Wittgenstein y el problema del lenguaje privado*, Madrid: Tecnos, 1976.
- 13 J. D. Quesada, *La lingüística generativo transformacional: supuestos e implicaciones*, Madrid: Alianza, 1974.
- 14 J. Hintikka, *Saber y creer*, con una Introducción de J.J. Acero, Madrid: Tecnos, 1979.
- 15 En A. Deaño, *El resto no es silencio*, pág. 19.
- 16 "(Introducción a la lógica) es un intento de invitar a proseguir el estudio de la lógica formal en obras de más alto nivel técnico y, de otra parte, un intento de estimular a filosofar sobre la lógica, a estudiar lógica con consciencia filosófica (valga la redundancia), con consciencia de las limitaciones y, a la vez, de las implicaciones filosóficas de esta disciplina" (A. Deaño, *El resto no es silencio*, págs. 28-29).
- 17 Pero no hay que menospreciar este aspecto, puesto que la composición de los Consejos de redacción suelen expresar las relaciones de poder y de prestigio en el seno de la Academia